

UN EUSKALDUN

EL AUTOR DE LOS POEMAS



EN la carrera vertiginosa y galopante con que pasan por nuestra retina los días y los meses, sin dejar apenas más que una visión rápida y cinematográfica de cosas y hechos, de vez en vez, intermitente y aislada, asoma la persistencia de tales y cuales ideas ó recuerdos imborrables.

Llega un momento en que nuestras facultades retentivas parece que abren los ventanales de un gran edificio mental, desde el que se divisa una gran perspectiva, prolongada indefinidamente, hacia una lejanía extraña y luminosa: el pasado.

En esos momentos de soledad reparadora y de profundo sentir, imagínase ver al hombre efectuando lentamente la recolección espiritual, en el sagrado huerto de sus recuerdos. A cada paso se trata de hacer, aunque inútilmente, reconstrucciones completas con líneas y perfiles borrosos y difuminados por el tiempo. Mas á veces, entre el inmenso montón de despojos, se encuentran, como pepitas de oro puro, algunos recuerdos que permanecen intactos á pesar del tiempo, en toda su nitidez, y además ornados de toda la sugestiva poesía de lo que pasó; son, como si dijéramos, unos recuerdos embalsamados.

Me ha impulsado á decir lo que antecede, el motivo de haberse cumplido, no hace aún muchos días, el cuarto aniversario del muy lírico poeta Antonio Arzác. A pesar del tiempo transcurrido, paréceme que aún en mi mano dura el afecto cordial y cariñoso de su último apretón de manos, de aquellas manos, que, como las de Verlaine, según la bella expresión de Alejandro Sawa, todo eran sentimiento y amistad.

Indudablemente, en el temperamento artístico de Arzác, que se destacaba claro y limpio en sus versos y en su conversación, como un perfil impecable y fino, lo más predominante era la delicadeza y el sentimiento.

Alma sensible y espiritual, vibraba suavemente por los más pequeños matices emotivos. Nacido ya con alma lírica, ésta dilató su superficie espiritual durante su vida, que fué sin duda el más íntimo e intenso poema lírico sentimental para el poeta. En sus diálogos cordiales, cariñosos y aproximativos, siempre persistía, tras su sonrisa amable y amiguisima, la presencia espiritual de algo triste, resignadamente triste.

De ahí que su literatura, prolongación exterior de su vida, sea esencialmente sentimental. Arzác escribía lindísimos poemas en lengua bascongada, eximios y correctos en cuanto á la forma y de poesía suave y delicada. Todos los aficionados á la poesía bascongada, conocen sus bellos poemas *Marichu*, *Zerura*, *Sufritzen*, *Joše* y muchísimas poesías líricas esparcidas en periódicos y revistas.

Además, aunque con menos frecuencia, escribía también suaves páginas en lengua castellana, de correcto estilo, no exentas de pensamiento y esmaltadas de matices y sensaciones suaves.

En los versos de Arzác abundan las sensaciones de la Naturaleza. Sabía penetrar en el alma del paisaje y extraer delicadas bellezas, semi-envueltas como en una infinita dulzura de amanecer. ¡Qué admirablemente daba la sensación melancólica, suave como la piel de armiño y silenciosa de un día nevado! Como artista y como poeta admiraba todos los paisajes, pero a los suyos *los quería*. Sus paisajes, son los paisajes familiares de cada uno de nosotros, los paisajes patrios, que han servido de marco á nuestros ensueños de niño y que han recogido, más tarde, nuestro romanticismo adolescente.

Y así, en cierta ocasión, el poeta escribe: «En la cornisa del Cantábrico, que forman los montes euskaros, pareceme observar que la golondrina que anida en los aleros de mi Donostiya, gorjea más meliflua que sus compañeras del litoral.—Ello será una niñada, pero..... tenemos tantas los hombres».

Guardo en mi alma inefables recuerdos de mis diálogos semilíricos con D. Antonio Arzác, los cuales tienen mucho de poemas vividos pero que no han sido escritos. No olvidaré nunca las sensaciones poéticas que sugería á D. Antonio Arzác, cierta tarde otoñal, suavemente enneblinada. Impresionaba el alma del poeta, lo mismo la neblina blan-

ca, algo densa y pesada de determinadas noches de invierno, como en otras neblinas azules, casi diáfanas por lo claras, entre las cuales la luz, algo grosera si es con exceso, parece, después de ser purificada y filtrada sutilmente, resbalar en la gasa aérea y azul y perderse, esfumada con suavidad, hacia las cresterías afiladas de las montañas.

En el alma de Arzác, como en la de casi todos los poetas, existía latente el anhelo de depuración artística y sentimental. En su conversación, frecuentemente lírica, se encontraba eso que pudiéramos nominar remanso anímico, rincón sentimental, que tan íntimamente lo conocen los poetas, y en el cual por el prestigio mutuo del sentimiento, parece que surge la necesidad de repetir y *rumiar*, valga el vocablo, en comunión, las más sutiles sensaciones líricas.

Tal vez se ha dicho que en las composiciones de Arzác abundan los idilios, tocados de un excesivo sentimentalismo, pero es este un detalle sobre el que no insisto, por estar fuera de mi inclinación el oficiar de crítico en estos momentos.

Lo que indudablemente predominaba en Arzác, como he dicho al principio, era el gran amor á sus paisajes y á su tierra natal. Quizá ninguna poesía suya produce esta sensación como la que se titula *Chalupan*, la barca, dicho aproximadamente en castellano. Son veinte líneas rimadas las que producen toda la inmaterial emoción, la angustia inefable de la partida. Voy á dar, para terminar estas líneas, una proyección algo ampliada de esta poesía, que quizá por demasiado sintética, no produce en todos los espíritus la sensación que debía.

Es una tarde amplia y luminosa de los primeros días de verano, á la hora en que el crepúsculo se halla bien entrado y que por tanto emite esa luz suave, que tan blandamente normaliza el espíritu inquieto de los nerviosos. Los parques y jardines se hallan envueltos en ese gaseoso bálsamo azul de crepúsculo, que parece unir en diálogos inoíbles á los árboles con el ambiente que les rodea. Los pavos reales policromos emiten sus voces moduladas extrañamente y las gárgolas de las fuentes aspergan en surtidores, sobre las tazas de mármol, eternamente sus aguas, diluyendo en el espíritu que contempla esa sensación profunda que tan admirablemente interpretó Antonio Machado. El poeta se encuentra frente á un mar sereno, amplio y dilatado, dentro de una pequeña barca. Boga, boga, grita á los marinos que enfilan la barca hacia el mar y van alejándola velozmente y multiplicando la distancia. Pero, súbitamente, el poeta nota que su alma se enrarece y

que se hace más sutil el hilo que le une á la tierra, á medida que va creciendo la longitud de la estela. Ya la costa va esfumándose entre la bruma, y el crepúsculo va borrando los contornos. El silencio recoge todos los rumores y la soledad, la profunda y verdadera soledad, rodea al poeta, hasta que angustiado, viendo la tierra que se aleja, exclama estos dos versos:

¡Oh nere lur maitia!
¿Non zera gelditzen?...

Y entonces, bajo la emoción intensa de una separación demasiado súbita, manda volver á tierra, para llegar rápidamente y besarla efusivo y cariñoso...

Y aquí termino. He escrito estas líneas sentimentales, en estos días de recordación de los que fueron, para reverenciar públicamente al recuerdo del poeta, con esta ofrenda lírica, perfumada de cariño íntimo.

MANUEL MUNOA.

